

Semana Cómica

LIT. MIRALLES, UNION, 17.

DIRECTOR: J. FERNÁNDEZ DE LA REGUERA.

NUESTROS ACTORES



JOSÉ BOSCH



Los que llevamos el honroso y poligonal birrete de abogado—es decir, yo no me lo pongo, porque es muy feo, pero lo mismo dá—debemos repetir, con el monge de Zorrilla, el primer octosílabo de *El puñal del godo*:

¡Qué tormenta nos amaga!

Y al mismo tiempo, cubrámonos con la toga, como hizo César, y esperemos resignadamente los golpes que empiezan á asestarnos los Casios, Brutos y Cascas de la política, para hacernos caer, exánimes y acribillados al pié de la estatua, no de César, sino de Astrea y Themis, divinos símbolos de la justicia histórico-mitológica.

De una parte se suprimen veinte audiencias de lo criminal y, al suprimirlas de una plumada, quedan sin plumas y cacareando sin número de magistrados y fiscales de perro chico.

De otra parte, el ilustre D. Augusto Comas, haciendo honor á la significación ortográfica de su apellido, quiere poner los puntos sobre las íes á todos los funcionarios del tercer poder, con la «Ley de responsabilidad judicial», que alcanza lo mismo al magistrado altivo del Supremo que al que pesca en ruin juzgado municipal.

Como si esto no fuera bastante, algunos padres de la patria piden la demolición y el arrasamiento completo de media docena de Universidades, porque, verdaderamente, es una vergüenza que la juventud estudie y tenga deseo de saber.

En esto conozco yo que estamos en el siglo de las luces.

En que á muchos padres de la patria les estorba lo negro.

—Hacen falta industriales, dicen.

Y diariamente se cierran zapaterías y comercios sin cuento, que no tienen despacho ni esperanza alguna de atraer al consumidor.

—¡Hay pocos agricultores! exclaman.

Pues si, siendo pocos, andan como andan, el día que haya competencia ¡ayúdenles ustedes á sentir!

Compréndese, sin embargo, la razón de tal estado de cosas.

Como las economías se imponen, al fin y al cabo, claro es que imponer trabas y dificultades al abogado—profesión libre que no figura en el presupuesto de gastos—es mucho mejor que molestar en lo más mínimo al militar en sus diferentes ramas, al ingeniero en sus diferentes raíces (cuadradas ó cúbicas) y demás seres afortunados que en cuarto salen de la escuela especial, comen—mucho ó poco, pero comen al cabo—el dulce maná del presupuesto.

Somos muchos y cada día más ¿quién lo duda?

En el cielo hay un abogado de la peste y en la tierra estamos la peste de abogados.

Parodiando á Tertuliano, podemos exclamar:

—Somos de ayer y ya llenamos los ateneos, las academias y otros círculos, viciosos ya de puro virtuosos.

Por lo mismo que somos los más, debíamos aprovechar la superioridad del número, ahora que el sufragio universal vá á sancionar el triunfo de las «grandes masas.» (Véase la táctica de Napoleón el Grande.)

Pero ¡naturalmente! como los gallegos del cuento ¡estamos solos!

Nos enseñan á defender y no encontramos quien nos defienda.

Nuestros padres nos dieron una carrera, es verdad.

Una carrera en pelo.

Y este pelo para algo nos sirve.

Por lo menos, para que el Estado nos lo tome con eso de la responsabilidad duramente exigida, la supresión de Audiencias, la defensa forzosa y gratuita para los pobres, la contribución profesional y otras gangas por el estilo.

Si al llegar al cielo nos dieran una palma...

Pero ¿y si nos dan un palmetazo?

Ahora resulta que la grippe ha hecho más en favor del Tesoro español que todos los ministros de Hacienda habidos, desde Mendizábal hasta los presentes Puigcerveres históricos.

Las defunciones ocurridas con motivo de la enfermedad destronada, ó ex-reinante, han producido en el presupuesto de clases pasivas una economía de doscientas cuarenta mil pesetas.

Verdad es que si han muerto muchos pensionistas, han fallecido también no pocos empleados, con lo cual el capítulo de orfandades y viudedades habrá crecido mientras disminuía el de cesantías, pero esto ya no es cuenta del periódico ministerial que da la noticia con adorable optimismo.

Ya sabemos, por consiguiente, como han de hacerse las economías.

A trancazo limpio.

Y es de esperar que la «partida de la porra» sea restaurada, no como dependiente de Gobernación, sino como «partida» importante en los presupuestos de Hacienda.

LUIS ROYO VILLANOVA.



LOS CONSEJOS.

¡Y dale con que hemos de oír sus consejos!

D. Aquilino es un hombre insoportable y pegajoso, que se considera con autoridad bastante para molestarnos todos los días, y en cuanto tiene ocasión, nos coge por las solapas del gabán, y nos dá un consejo, ó dos, ó media docena.

Sus prudentes indicaciones son, poco más ó menos, del siguiente tenor:

—¿Quiere usted oírme á mí? Pues aféitese el bigote.

Nadie sabe quien es D. Aquilino, ni donde vive, ni á que se dedica, ni por que se pinta las cejas. Apareció una noche en el café, y sin que nadie le presentara, nos dijo que era andaluz, que había corrido mucho mundo, y que las cosas que le habían pasado no eran para dichas. A las primeras de cambio, se encaró con uno de nuestros compañeros de tertulia, y le estuvo aconsejando que no usara camisas de color, porque eran nocivas para el cutis.

—Pero ¿quién es este hombre?—nos preguntamos unos á otros.

—Yo tengo idea de haberle visto en Price, hablando con una titiritera—dijo uno.

—Apostaría cualquier cosa á que este ha sido del teatro, porque habla siempre en tono de zarzuela seria—agregó otro.

El caso es que nadie conoce á D. Aquilino, y, sin embargo, asiste á nuestra tertulia del café, y nos conoce á todos por el nombre y el apellido, hasta el punto de decir á lo mejor:

—¡Hombre! Esta tarde le he visto á usted con una rubia en la calle del Gato.

—Efectivamente.

—Oiga usted—añade bajando la voz.—Le aconsejo que no se fie usted de esa chica. Tiene la cara catalana.

—Está usted equivocado. Es de Murcia.

—¿De Murcia? Peor que peor. ¿Hace mucho tiempo que la conoce usted?

—Desde que era chiquitita.

—Vamos... unas relaciones antiguas.

—¡Naturalmente! ¡como que somos hermanos!...

A pesar de esta y otras *planchas*, D. Aquilino no cesa de aconsejar á todo el mundo, por echárselas de hombre experimentado, y el mejor día vamos á perder la calma y acabaremos por tirarle cualquier cosa á la cabeza, á ver si se calla de una vez ó se muere.

Así como hay quien se pirra por aprender á tocar el acordeón, ó por usar impermeable con capucha, hay otros que cifran toda su dicha en dar consejos á la humanidad entera; y lo peor es que no faltan seres benignos é inclinados á seguir al pie de la letra toda clase de indicaciones.

—Diga usted, D. Aquilino—suele preguntarle alguno de estos infelices.—Usted que es hombre de mundo, podrá aconsejarme... ¿Qué haría yo para conseguir unas buenas navajas de afeitar?

D. Aquilino siente lisonjeado su amor propio ante estas espontáneas manifestaciones de la ignorancia aiena, y guía al interpelante por el camino de la verdad, como si acabase de conseguir un señalado triunfo.

Desde aquel momento dispone del albedrío de aquel infeliz y le pide cuenta circunstanciada de sus acciones.

—¿Qué ha hecho de aquella boquilla en forma de sapo que usaba usted estos días?—le pregunta.

—Se la ha tragado mi hermano el chiquitín, creyendo que era de carne de membrillo—contesta el otro con cierto temor.

—¡Qué atrocidad! Esas cosas se guardan cuidadosamente. ¡Parecen ustedes tontos! ¿y el niño? ¿ha tenido novedad?

—No, señor.

—Pues es necesario que procuren ustedes derretirle la boquilla por medio de una purga. En cuanto llegue usted á casa, le coloca un ladrillo mojado con vinagre en la boca del estómago. Después coge usted al chico por las piernas y le sacude un poco, para que den de sí los intestinos...

—Lo haré así. Pierda usted cuidado.

Si no hubiera personas dispuestas á oír consejos, no existirían tantos doctores insoportables de esos que llevan á uno aparte para decirle solemnemente:

—Venga usted, amigo mío; usted se está matando.

—¿Cómo?

—¿Quiere usted oír un consejo? No fume usted, ni beba, ni escupa, ni escriba, ni se rasque.

—Pero...

—¿Por qué le digo á usted todas estas cosas? Porque le quiero bien y soy hombre de mucha experiencia.

Aún son peores los que se acostumbran á no tener voluntad, y vienen á preguntarle á uno:

—¿Qué me aconseja usted que haga?

—¿En este momento? pues tome usted un bañito de placer.

—No hablo de eso. Digo que ha entrado el invierno y estoy desnudo, como quien dice: usted ¿qué se haría?

—¿Yo? una casa de campo.

—No sea usted guasón. ¿Le parece á usted que encargue un gabán?

—Por mí puede usted encargar aunque sea una cama de matrimonio.

Hay una porción de madres, veladoras fieles del porvenir de sus hijas, que buscan el consejo de las personas graves, y andan siempre abriendo su pecho para confiar temores ó esperanzas.

—¡Ay ¡cuanto me alegro de encontrar á usted, D. Celedonio!—dicen al primer amigo que tropiezan en la calle.

—¿Qué sucede?

—A Lolita se le ha dirigido un joven, anoche, en el teatro Martín.

—¿Y qué?

—Parece muy buena persona, aunque es algo cargado de espaldas... Pero yo no me atrevo á autorizar las relaciones sin que usted me aconseje.

—Señora, yo no le conozco.

—Pero podrá usted darme un consejo despues de conocer sus antecedentes. El es de la parte de Aragón, y está estudiando todas las lenguas vivas para hacerse intérprete de un hotel. La carrera es muy bonita, porque con el tiempo puede llegar á Gobernador civil, como tantos otros; pero ahora falta saber si tiene algo por su casa; él dice que sí, y aún esta mañana estuvo diciéndole á Lola que tiene docena y media de camisas sin estrenar.

—En ese caso...

—¿Qué? ¿cree usted que debo autorizar las relaciones?

—Creo que no debe usted oponer dificultades, porque sería peor.

—¿Es decir, que usted, en mi caso, dejaría que los chicos?...

—¡Naturalmente!

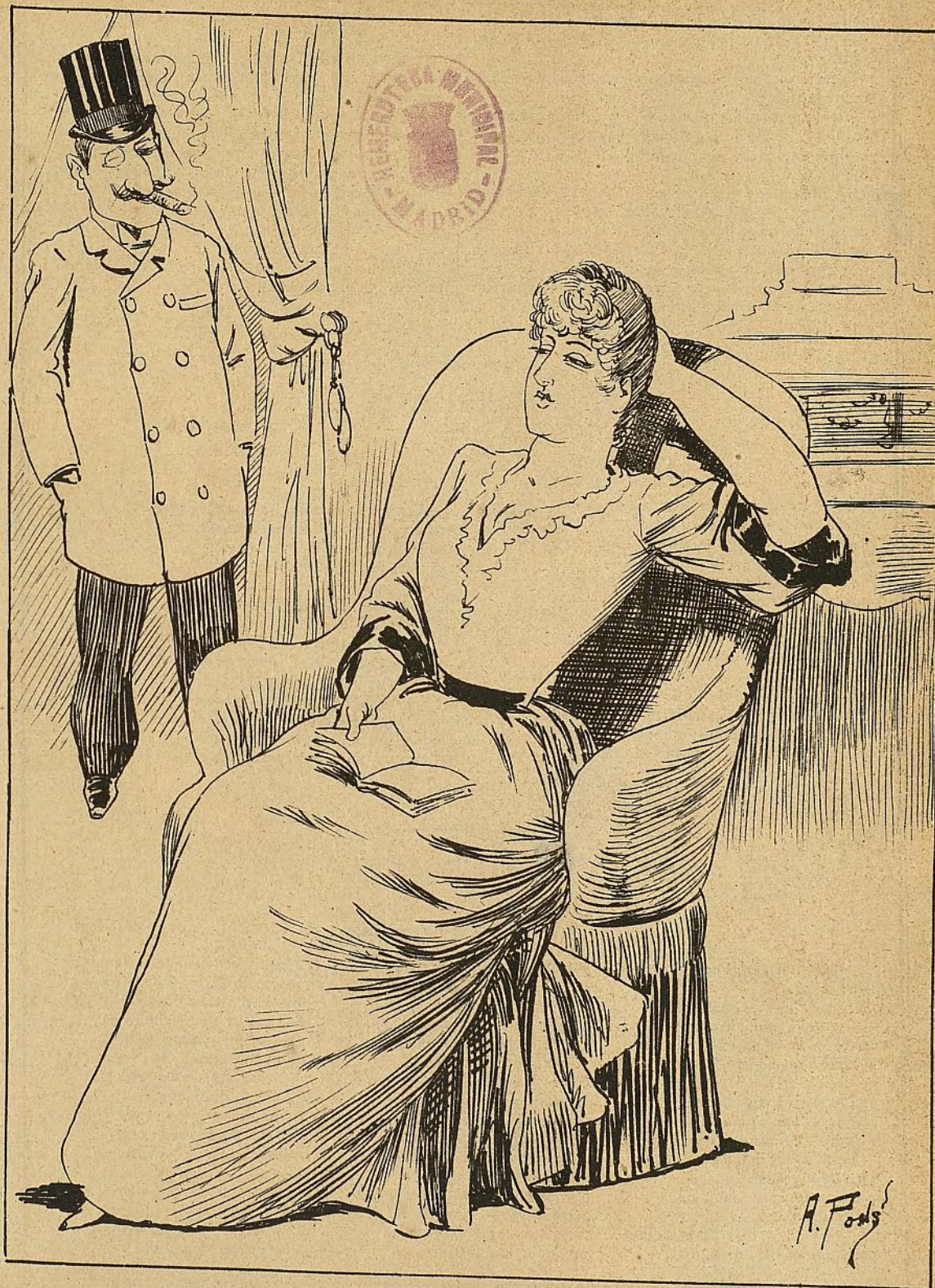
—¡Gracias, D. Celedonio! Usted es un amigo ver-

CANTAR, POR CILLA



Dos plantas en tu maceta
te ví en el jardín plantar.
¡Ay, si yo por esas plantas
me pudiera encaramar!

OTRO CANTAR, POR PONS



En su casa entra siempre
chupando brevas.
La breva que él se chupa
¡quien la tuviera!

dadero y no querrá que mi Lola se perjudique... ¡Ay! ¡No sabe usted cuanto estimo su buen consejo!

Y la mamá sale muy satisfecha, porque no deseaba otra cosa.

Son muchos los que andan por ahí buscando consejos... para no seguirlos; y hay otros que piden la opinión ajena, suponiendo que ha de ser favorable á sus propósitos.

—Quiero que usted me auxilie con su discreción y su talento— dicen con acento trágico.—Yo estoy perdido de amor por una mujer infame. He sido su esclavo, su víctima, su *monote*; y hace ocho días que se escapó con un teniente de la Guardia civil. ¿Qué me aconseja usted? ¿Debo buscarla? ¿Debo atraerla?

—No; debe usted darla el último adiós.

—¿Cómo?

—Créame usted: la dignidad del hombre...

—¡Abur!

Y se van ofendidos, creyendo que conspira usted contra su felicidad, y usted se queda diciendo mentalmente.

—¡Es original! Vienen á pedir consejo, y á las primeras de cambio le dejan á uno con la palabra en la boca. No buscan consejo; buscan la complicidad en el impudor y el egoísmo... ¡Tonto de mí, que he expresado mi opinión sinceramente!

Lo mejor es hacer lo que vengo haciendo yo desde que me destetaron:

Ni doy consejos ni los pido.

Y el que quiera acertar, que lea las obras inmortales del baron de Andilla ó los versos de Carulla.

LUIS TABOADA.

DOS SONETOS.

I

Los dos, un día, en apacible huerto,
mirábamos, asidos de la mano,
joven almendro que se alzaba ufano
de vigorosa floración cubierto.

Ya del invierno entumecido y yerto
presentia la tierra el fin cercano,
y de verde tapiz vistiendo el llano,
coronaba la mies el surco incierto.

Cruzáronse al azar nuestras miradas
de fuego llenas, como en lid reñida
centelleando se cruzan dos espadas.

Y envolvió nuestras almas de tal modo
aquel desbordamiento de la vida
que, sin hablar, nos lo digimos todo.

GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

EL PENITENTE

II

Vive en la soledad, siembra su *huerto*,
reza y bendice la suprema *mano*
el viejo penitente, y así *ufano*,
vive de tentaciones á *cubierto*.

Sin pasiones, su espitu está *yerto*.
Demacrado, flacucho, ya *cercano*
á la muerte del cuerpo, encuentra *llano*
y facil el camino nunca *incierto*.

Al más allá dirige sus *miradas*,
despreciando la muerte, que en *reñida*
y muda lid, esgrime sus *espadas*.

Y llegando á la tumba de este *modo*,
muere por fin creyendo en otra *vida*.
¿Acierta ó nó? ¿Lo gana ó pierde *todo*?

E. VILARET.

EN EL TEATRO

(RICARDITO Y UN PORTERO)

—Muy buenos. ¿Puedo pasar?

—Si señor.

—¿Y el empresario?

—Creu que debe de estar
arriba en el escenariu.

—Pues hágame usté el favor
de decirle á Don Manuel

que le espera aquí un señor
que desea hablar con él.

—¿Peru el asunto es de urgencia?

—De mucha urgencia, si tal;
para hablar de la Inocencia
que aqui la tratan muy mal.

—¿La Inocencia...?

—Si, esa *chica*
que es un ángel, un tesoro,

y á quien sé que se critica
sólo porque está en el coro,
y como incita deseos
y tiene mil pretendientes
que la dicen chicoleos
y palabras indecentes,
como es una señorita
recatada y pudorosa,
sufré aqui la pobrecita
de una manera espantosa.

Sé que no se la respeta,
ni la ayudan, ni adelanta,
porque no es una coqueta
que se *tima* cuando canta.

Sé que todos hablan mal,
aunque nadie la conquista,

porque piensan que es igual
que cualquiera otra corista,
y la hacen salir desnuda
á la infeliz que es honrada,
para que no quepa duda
de que está muy bien formada.

Yo la adoro con exceso.
Su virtud es evidente,
y si me caso es por eso,
por eso precisamente.

Tal descaro no consiento.
Hace un mes que trago hiel,
y en este mismo momento
voy á hablar á Don Manuel,
y á obligarle á que respeten
á mi pobre prometida,

que si no, me comprometen.
¡Ande usted! ¡Suba enseguida!

le suelto una bofetada
de padre y muy señor mío!

porque está muy ocupadu.
—¡Maldita sea mi estrella!
¿Pero qué está haciendo?

¡Ella, tan pura y honrada!..
¿En cuanto baje ese tío

—Pues se tendrá usted que ir
porque hame dichu enfadadu
que ahora nun puede salir

—¡Hurrores!
¡Tomandu café cun ella
detrás de unos bastidores!
FIACRO VRÁYZOZ.

¿POR QUÉ NO?



rimeramente en los Estados-Unidos de Norte-América, después en Inglaterra, ahora en Francia, se ha discutido si debe darse ó no darse á la mujer derecho al sufragio. ¿Por qué no? Yo creo, lo creo firmemente, que sí debe dársele; ó para hablar con más exactitud, que debe reconocérsele, porque como tenerlo, ya lo tiene; ¡pues no ha de tenerlo!

Querría yo que me dijese, pero con seriedad, los que no son de esta opinión, en qué se fundan para negar lo evidente. Sé de memoria, porque me los han repetido muchas veces, los chistes ingeniosos, las agudezas, los epigramas picantes que, para combatir la intervención de la mujer en la *cosa pública*, se han discurrido. Demos por supuesto que se repitan por milésima vez esas ocurrencias graciosísimas y admitamos también que nos han hecho reir mucho y que las hemos celebrado... ¡Corriente! Ya nos hemos reído; ya estamos cansados de reir. ¿Quieren ustedes que nos riamos otro poquito? Sea; bueno; y después? Un chiste no es una razón; un epigrama no es en argumento. Podrán ser, y de hecho lo son, de efecto decisivo, en determinadas ocasiones, en las asambleas deliberantes, en los parlamentos al uso; pero ese efecto pasa y queda en pié, sin resolución satisfactoria, el problema, y sin contestación la pregunta.

¿Por qué no pueden tener derecho al sufragio las mujeres?

¿Será porque no les interesan los asuntos de la colectividad? No; porque les importa lo mismo que á nosotros, ó más que á nosotros. Por ellas mismas, por su hacienda (cuando la tienen) por el porvenir de sus hijos, por todo, han de considerarse interesadas en que todo vaya de la mejor manera posible.

¿Se fundará esa negativa absurda en la necesidad de que la mujer atienda exclusivamente al cuidado de su marido, al gobierno de la casa conyugal, á la educación de los hijos? ¿Qué disparate! No parece sino que el hombre no tiene obligaciones como padre de familia y amo de casa; obligaciones á las cuales dedica atención preferente, lo cual no empece que, cuando las circunstancias lo exigen, emita su voto... que no es gran trabajo. Por la misma razón, debería prohibirse á las casadas salir á pasear, hacer visitas, concurrir á teatros, á bailes, á conciertos, leer periódicos y tener amigas. Esto sin contar con que no

todas las mujeres se casan; muchas hay que no tienen esposo, ni hijos, ni perro que las ladre.

¿Se pretenderá acaso que la mujer carece de aptitudes para votar conscientemente? ¡Por los clavos de Cristo y por las once mil vírgenes! eso no pueden decirlo sin reirse de sí mismos los que han aplaudido á rabiarse aquellos versos de Rubí:

«Que también las hembras saben
gobernar las monarquías»

¿Con que se concede á la mujer inteligencia bastante y fuerza de espíritu suficiente para gobernar un país y se le niegan para dar su voto á un concejal?

¿Es serio esto?

¡Extraña contradicción por cierto! De la mujer ha hecho siempre el hombre civilizado la depositaria de sus secretos; en ella busca el consuelo de sus tribulaciones, de ella solicita consejo en los momentos más difíciles de la existencia, á ella encomienda la educación de sus hijos—que vale tanto como poner en sus manos la formación de la sociedad de mañana;—ella es la guardadora de nuestra honra, y por dársele todo, hasta nuestro nombre la damos; y luego salimos con la patochada de que si votase diputados ó senadores lo haría mal y de mala manera. Pues que ¡tan perfectamente lo hacemos nosotros!

¡Oh! ¡cuánto y cuan ingeniosamente han ridiculizado los escritores satíricos, los imaginarios Congresos de *Diputadas* y las hipotéticas cámaras de *Senadoras*! Si, señor; muy bien hecho, porque para reir un rato y divertirse honestamente de todo puede sacarse partido; pero, por ventura, ¿no podrían ridiculizar también, y con mucho más motivo, las asambleas, no fantásticas é imaginarias, sino reales y verdaderas, de los hombres?

No hay para que decir que las razones fundadas en la costumbre no tienen fuerza alguna; las costumbres nada significan y no hay una sola que no haya sufrido modificación con el tiempo. No han transcurrido muchos años desde que la costumbre proscribía en absoluto que las señoras ocupasen en el teatro las localidades en que había hombres; no se concebía entonces un espectáculo sin que en la concurrencia hubiese perfecta separación de sexos: aquí las señoras; los caballeros allá. Ahora caballeros y señoras, en agradable compañía, ocupan butacas, palcos, anfiteatros y paraísos. La *casuella* de nuestras madres ha desaparecido y... nada.

«ni han temblado las esferas,
ni se ha hundido el firmamento»,

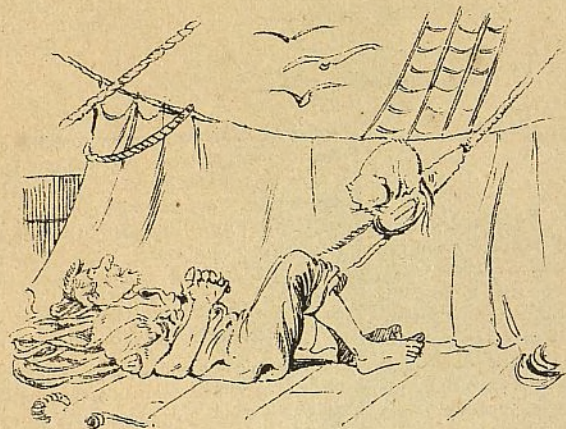
ni los hombres son ahora peores que antes.
Tengan ustedes por seguro que cuando las muje-

UNA BROMA EN EL MAR, POR ESCALER

(IDEA Y COMPOSICION DEL ALEMAN)



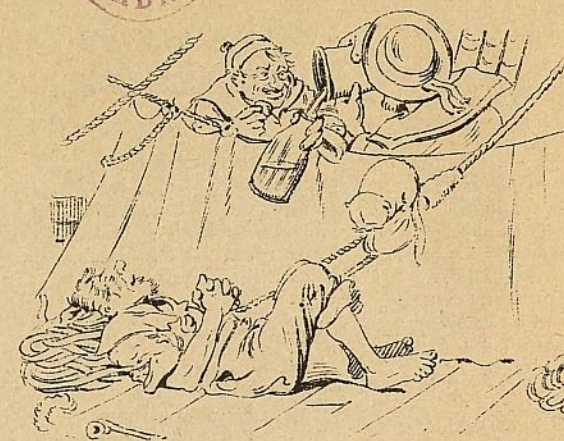
1.



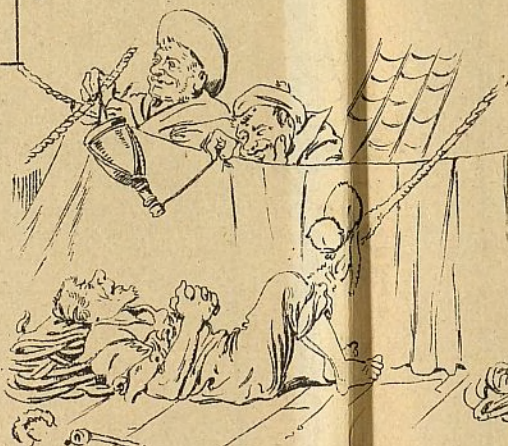
2.



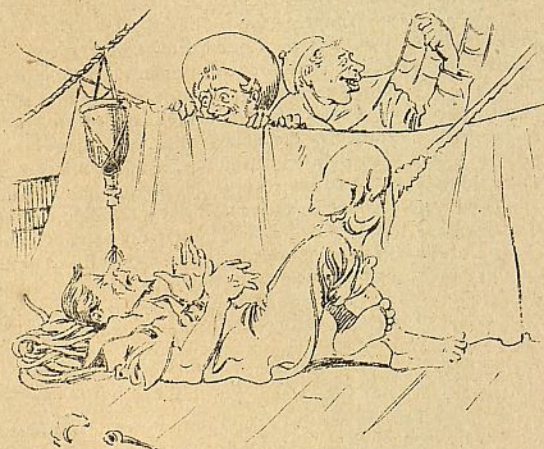
3.



4.



5.



6.



7.



res tomen, como de seguro tomarán, parte, no más activa (porque ahora la tienen activísima) mas pública, en los asuntos del Estado, las cosas no irán peor que ahora, porque eso no es posible, y tal vez vayan algo mejor. Y de todos modos, parecerá cosa

tan natural, tan lógica que las llamen, que no habrá entre nuestros nietos quien crea que alguna vez han podido desconocerse los derechos políticos de la mitad del género humano.

A. SANCHEZ PEREZ.

TONTERIAS

I.

DONDE LAS DAN.....

De mis ojos una lágrima
viendo brotar cierto día,
dijiste:—No debe un hombre
llorar como una chiquilla.

Pero luego un chiste *verde*
logró de ti una sonrisa,
y dije:—Tampoco debe
reír como hombre una niña.

II.

OBRAS SON AMORES....

—Mi vida es su amor; sin él
moriría, tu dijiste

y no obstante, no moriste
aunque fué tu amante infiel.

Vives y ella no te quiere,
y lo que es más, te maldice.
Quien se muere no lo dice,
quien lo dice... no se muere.

III.

SIMILIA SIMILIBUS CURANTUR.

Son tu carácter y el suyo
semejantes en extremo,
y aparte de que eres rubia
y él es, en cambio, moreno,
de que azules son tus ojos
y el tiene los suyos negros,

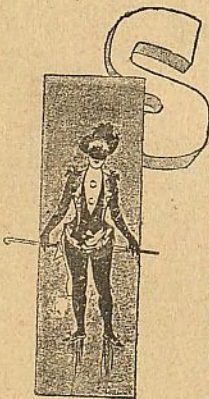
presentais tal semejanza
en el alma y en el cuerpo,
que sólo una diferencia
hallo en vosotros: el sexo.

Al fingiros amor mutuo
y al fingir ambos creerlo,
«¡Que necia!» murmura él
y tu murmuras: «¡Que necio!»

Estais, aquí como en todo,
completamente de acuerdo
y al aplicar igual mote
uno al otro sin saberlo,
tan semejantes sois ambos,
que ambos estais en lo cierto.

MARTIN DEL VALLE.

TRAGEDIA (1)



Sobre el fondo negro de una
fragua están colocados en
rueda varios gitanos.

En el centro, una mesa
sostiene las cañas de cristal,
donde la manzanilla cae
riendo á carcajadas.

Forman el grupo de per-
sonas un gitano recién lle-
gado á la escena; un herre-
ro del cual está enamorada
la hija del viejo dueño de
la fragua, y mozas y mozos
que dan animación al rato
de fiesta.

Con la misma agilidad y
maestría con que repica Lo-
renzo los martillos en el yunque, toca á la sazón y
enreda los dedos en las cuerdas, y los demás lanzan
su suspiro ó entonan su copla, dejándose acompa-
ñar del tocador.

El incorporado á la escena, Pedro, á quien, por
lo visto, ha caído en gracia Rafaela, amada de Lo-
renzo, refiere después de una *salida* la manera como
llega al lado de aquella gente, y se expresa en esta
compendiosa seguidilla:

No soy de esta tierra,
ni en ella nací;
la fortuniya, roando, roando,
me trajo hasta aquí.

(1) Del libro *Granada y Sevilla*, recientemente publi-
cado.

Canta con toda la clásica sobriedad de los gita-
nos el mozo, y su voz le atrae la simpatía de los
concurrentes.

Rafaela, con esa franca y espontánea afición de
las naturalezas indómitas hacia lo que atrae, con-
testa á la presentación del cantador, diciendo con
voz en la que parece que retoza y salta un remolino
de mariposas:

Al que á la tu casa
toque para entrar,
ábrele, no sea que tú á la su puerta
tengas que llamar.

No debe parecer bien á Lorenzo la espontánea
acogida de su amada al extraño, porque mirando de
hito en hito al mozo y paseando los airados ojos de
una á otra persona, sin desconcertar el ritmo de la
música y poniendo buena porción de enojo en la
letra, consume el tercer turno en el canto y se ex-
presa del siguiente modo:

Á aquel que llamare
á un pecho que adora,
como el pecho sea fiel á quien ama,
le dice: «perdona».

Rafaela devuelve golpe por golpe. Avisada por
el gitano, hace una apasionada sauda y enfila estos
cuatro versos donde queda expresado su pensa-
miento:

No me tengas celos,
ni pases fatigas;
que los malos hechos los pago, gitano,
con malas partías.

La respuesta es lanzada antes de que se espere.
Es la que sigue:

Tan bueno contigo
he sío, gitana;
que de un peazo de pan que tenía
la mitá te daba.

El orgullo revuélvese en la moza.
No sólo olvida lo que debe á Lorenzo sino que
trata de desprestigiarlo acusándole de faltas y traiciones.

Con voz que se pega á la guitarra, añade al proceso de la fiesta, sin dejar por eso de mostrarse apertamente tranquila:

Dime con quién andas,
te diré quién eres,
como tú andas con malas personas,
malos jechos tienes.

Pedro añade una puntada al pespunte y entra en el roto turno, persiguiendo el fin que desea.
Dice:

Si sola te quejas,
no tengas dolor;
con el pensamiento juntos, vida mía,
estamos tú y yo.

La lengua se mueve como un cúchillo en la boca de Lorenzo. Del repertorio de coplas elige la que más hiere, y canta recargando la intención en cada palabra:

Un día por verte,
el dinero daba;
pero ahora, si al paso te encuentro,
volveré la cara.

Rafaela permanece, firme en su puesto; para expresar la inconstancia de su novio, dice, cogiendo ella la guitarra y acompañándose:

A la mariposa
tu amor lo comparo:
siempre vuéla de rosa en capullo,
de ramito en ramo.

Y el nuevo amante, procaz y buscando querella, insiste como antes en su propósito. Muy queda la voz, pero con extraordinario sentido, añade á su sarta de coplas la que sigue:

Penas te combaten,
penas tengo yo;

las que siento son las que tu sufres,
que las mías no.

Decidido á cortar por medio la cuestión, Lorenzo entona este nuevo cantar, llevándose la mano á la cintura y acariciando el puño del cuchillo:

Cuando un hombre busca
camorra y pendencia,
como por su gusto se empeñe en hallarla,
se sale con ella.

Y el entrometido, que desea dar en tierra con su enemigo, añade nuevo trabajo á la guitarra con esta enturecida copla:

Mi cuchillo guardo
pa las ocasiones;
devuelvo en la vía amor por fineza
y gorpe por gorpe.

Poniéndose ambos hombres de pié mientras palidecen las caras de los circunstantes, se miran como dos encarnizados adversarios y sacan á relucir las hojas de los cuchillos.

Las cañas de cristal ruedan por el suelo; fórmase un confuso remolino en la gente al que se mezclan gritos de terror y carreras desatentadas; caen los mozos ajenos al drama sobre los enemigos para contenerles y sujetarlos; la gitana causante de la lucha interpone su pecho al de Pedro para defenderlo de la acometida, y el cuadro queda un instante sin movimiento. Los cuchillos tiemblan en las manos; los rostros aparecen lívidos; los pechos producen al respirar bronco resoplido de fragua, y la orla de flecos del mantón de la gitana ondula en el aire á cada movimiento.

Vuelve á romper un acceso de furor el cuadro; los gritos se reproducen más ahogados y broncos; deshacense los enemigos de los brazos que les sujetan, y, cayendo uno sobre otro, se traba una espantosa lucha. Las hojas de acero entran en la carne rasgando sin compasión; cae Pedro en tierra, inclinándose sobre él su adversario, que levanta el cuchillo para darle el último golpe; empuña entonces Rafaela, como heroína de un drama trágico, el macho de hierro que está colocado sobre el yunque; lo levanta con ambas manos, y antes de que Lorenzo haya podido dar la puñalada, se lo descarga sobre el cráneo haciéndole dar tumbos por el suelo,

SALVADOR RUEDA.

A UN HORTERA CON SABAÑONES

¡Bonito estás! tus piés lanchas parecen;
tus orejas soplillos y tus manos
parecen dos bandurrias enfundadas
con esos guantes verdes que has comprado.

Tu no podrás tener ningún misterio
pues aunque alguna vez ocultes algo
se te verá la punta de la oreja,
ó toda entera ¡porque abultan tanto...!

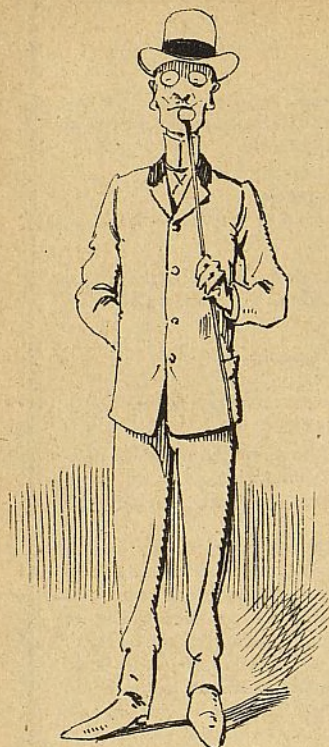
Con *buen pie* tu estarás en todo sitio
y sin *meter la pata* porque, es claro,

¿como vas á meterla si el pie es grande
y te lo ha de impedir por su tamaño?

Tu principal si que estará contento
al mirarte servir al parroquiano
con prontitud, porque para servirle
tienes, en vez de dos, casi seis manos.

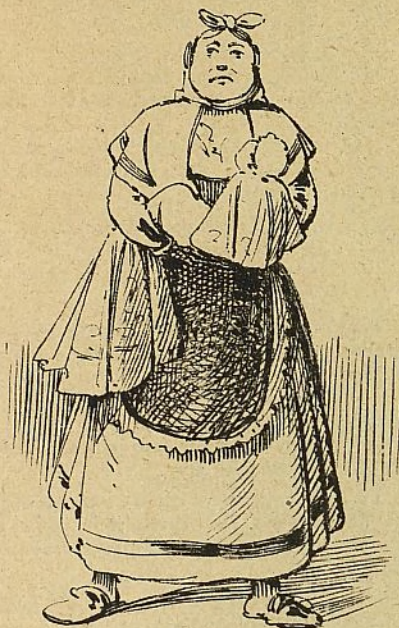
Tus manoplas asustan á los chicos
y á los grandes también, y no es extraño;
¡infeliz del que te haga alguna cosa
y procures sentarle bien la mano!

MORALEJAS, POR ESCALER



*Como este hay muchos,
que aunque parecen hombres
sólo son bustos.*

SAMANIEGO.



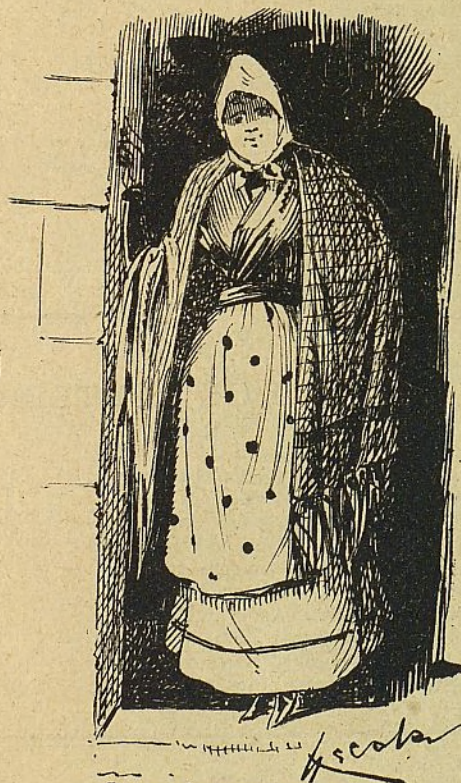
*De estas y otras solteras
¿qué dirán las edades venideras?*

FRONTAURA.



...que el DESTINO es inestable, como el viento!

CAMPOAMOR.



*La moral aconseja en este caso,
cerrar los ojos y apretar el paso.*

Yo

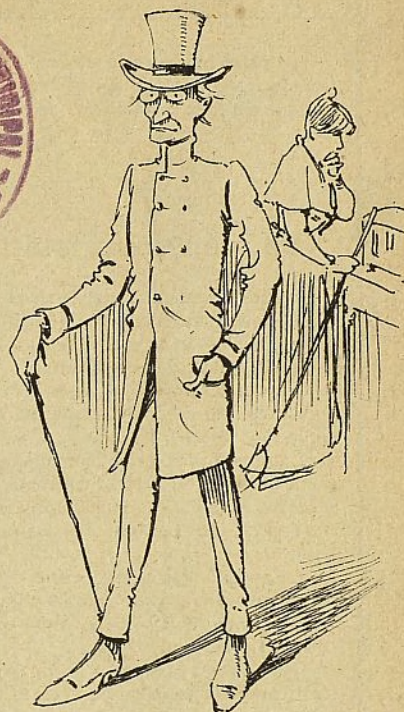
CURIOSIDAD, POR ESCALER



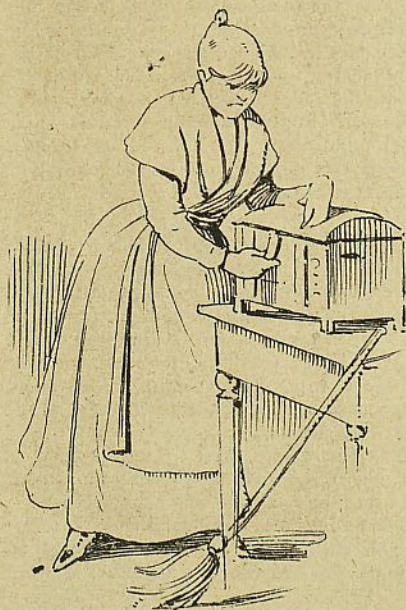
—Y si me sirves con amor, Pancracia, el contenido de esta caja será para ti.

—Y diga V., señorito: ¿qué es lo que hay en la caja?

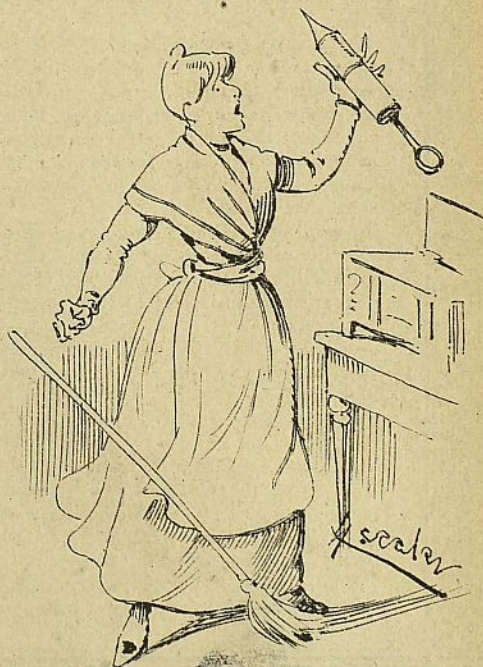
—Pues... algo que hace abrir mucho el ojo.



Después de cuyo diálogo, el buen doctor fuese á pasear, dejando á Pancracia con unas rabiosas ganas de saber lo que contenía la cajita.



Ganas que no cesaron hasta que forcejeando... forcejeando...



pudo convencerse la Pancracia de que, en efecto, en la caja había algo que hacía abrir el ojo.

Tu principal, ayer en el casino me decía:—Yo salgo sin cuidado de que me falte nada en el comercio

pues, aunque el chico quiera quitar algo de lo que tengo en mis cajones, nunca podrá meter en el cajón la mano!...

J. RODAO

Convencionalismo teatral.

En una de mis últimas visitas al teatro, observando el poco esmero con que generalmente se ponen en escena las obras y el descuido de la dirección, no pude menos de preguntarme:

Si es el teatro reflejo de la vida real, ¿por qué subsiste en él un convencionalismo que corrompe su modo de ser?

La pregunta anterior constituye verdadero tema para un trabajo erudito y concienzudo. Yo, sin fuerzas para efectuarlo, y siguiendo las impresiones del momento, me limitaré á unas cuantas observaciones.

La primera que se me ocurre se refiere al decorado. Muchos son los progresos obtenidos por la pintura escenográfica; pero mucho puede exigirse todavía. La especial estructura de nuestros coliseos, de poco fondo casi todos, obliga al artista á que, cultivando la perspectiva, resente excelentes telones de fondo, á los cuales nada habrá que pedir, si el teatro fuera un cosmorama; pero desde el momento en que las figuras humanas se mueven, la ilusión corre con gran riesgo de desaparecer, al paso que aquellas vayan ocupando los últimos términos de la escena. Y ni aún esto es necesario: desde el momento en que hay bastidores que ocupan primeros términos, se dá el extraño caso de que un actor que está junto á los mismos sea más alto en ocasiones que una casa, ó pueda dar la mano desde la calle á otro que se supone habita en un piso segundo.

En los cambios de decoración, el público no protesta tampoco, viendo que todos los edificios, de una plaza se separan de sus cimientos y suben por los aires, como anteriormente no protestaba viendo las olas del mar perfectamente inmóviles, ó moviéndose lateralmente los árboles de su bosque, sin que las acotaciones del libro señalaran el mas pequeño terremoto.

Entre el drama musical, que es un pretexto, y el drama literario que no debe serlo, ha surgido un género anfibio como la zarzuela, en el que no puede haber situación interesante, sin acompañamiento de orquesta.

—¿Quien sois? pregunta un personaje á otro.

Y el interrogado, que no suele ser músico, responde:

—¡Cantando te lo dire ó escucha y lo sabrás!

Y, con efecto, traza su biografía en unas cuantas estrofas, acompañadas de violines y flautas.

El interlocutor se conmueve y ya no habla, sino que canta también, y cuando penetran otros personajes en escena, todos sienten lo mismo y todos lo expresan de igual manera.

Si uno grita: ¡Que horror!, es seguro que los otros repetirán como un eco la misma frase, y el horror

seguirá *crescendo* ó irá amortiguándose hasta que la batuta del director de orquesta deje de funcionar; y todos los actores se queden... tan tranquilos, y constante que estos personajes han de entrar en escena simultáneamente, y se han de colocar en forma de semicírculo mirando al público, ó formando una línea recta paralelamente á la embocadura.

¿Es la obra de época antigua? Pues todos los personajes han de vestir de idéntica manera.

¿Es de costumbres del día? Pues en los trajes reinará una anarquía imperdonable.

El traje del corista será pobre aunque represente á un príncipe, como el traje de la parte principal será siempre rico, aunque la riqueza sea impropia. Yo he visto á una jardinera con falda de seda, y pendientes y sortijas de brillantes al propio tiempo que he tenido que soportar á multitud de títulos y grandes, vistiendo ricas sayas de percal las señoras, y fracs con remiendos los caballeros. Pues ¡y lo que duran los trajes en el teatro! Recientemente vi yo á un guerrero romano que, después de tres años de continua guerra, sacaba en el tercer acto del drama la misma flamante y limpia túnica que le conocí en el primero.

¿Qué ilusión ha de producirse con estos elementos por más que la música tenga sobresaliente mérito ó el verso escepcional inspiración? El decorado, la música y el traje en el teatro reclaman verdadero estudio, y no deben prescindir de él los artistas y mucho menos los directores de escena.

Y, en cuanto al verso, creo llegado el momento de que se proscriba por punto general del lenguaje dramático; pase á lo sumo como ropaje conveniente al drama trágico, pero no traduzca las pasiones, ni intente reflejar las realidades de la vida; no acompañe, en una palabra, al drama moderno ni á la comedia como debe de ser la comedia de hoy — si ha de traducir nuestro carácter sobrado prosaico para ser puesto en quintillas ó espinolas. — Si buscamos la verdad de la vida por medio de las ficciones del arte, no aceptemos un convencionalismo que la destruye.

Los preceptistas retóricos han condenado desde hace largos años las licencias que los autores venían tomándose en contra de las unidades de tiempo y lugar. Y no se dá el caso, antes tan frecuente, de trasladar á los personajes de una á otra parte del mundo, ni de hacerles intervenir en una acción que se desarrolle con intervalos de largos años. Pero todavía se conservan y amenazan perpetuarse otros vicios que la crítica ha señalado tímidamente.

¿Hay nada, por ejemplo, menos justificado que el monólogo? Ciertamente que en la vida real no falta quien habla solo; pero cuando esto acontece siempre resulta en lo que dice gran incoherencia de ideas y de expresión. En el teatro, por el contrario, el actor consagra sus monólogos á explicar, aclarar,

puntualizar y anotar los hechos: habla al público, lo mismo que si estuviera confesándose con él, y puede asegurarse que en dichos monólogos no hay quien proceda de mala fé. Podrá el personaje ser un bribón de siete suelas, y estar engañando á cuantos intervienen en la acción dramática; una vez á solas con el público, no deja de decir:—¡Oh! Yo me vengaré de los desdenes de la ingrata, yo asesinaré á sus padres y á sus tios y á su amante, y haré que el fuego consuma esta casa maldita.

Con lo cual los terrores del desenlace no cogerán de sorpresa al público; para con lo cual también se falsea terriblemente la verosimilitud.

Al lado de la cuestión del monólogo figura la de los apartes, arbitrio de suma comodidad para un autor. Aquí el convencionalismo llega á un extremo inconcebible: apartes que escucha el público de la galería no son advertidos siquiera por los personajes que están en escena é inmediatos al que los pronuncia, y en breves frases dichas en un aparte, se resuelven los más importantes problemas relacionados con la acción dramática. El aparte, como el monólogo, debieran ser proscriptos en toda fábula iteraria destinada á la escena.

1 Otros puntos relacionados directamente con los elementos secundarios merecen ser estudiados también. ¿Hay algo de peor efecto que un apuntador, haciendo que se escuche la obra por partida doble? ¿Hay algo más visible que los descuidos de un traspunte?

—¡Siento pasos!—dice uno de los personajes.—Pero los pasos no han sido sentidos por nadie y el traspunte quiere remediar tardíamente el daño, y patalea con fuerza sobre el tablado, consistiendo las pisadas naturales del que se acerca en un paso de baile flamenco.

—¡Ha sonado un campanillazo!—dice otro personaje: je—y el traspunte, advertido por la frase, empieza á repicar la campanilla.

De aquí ha nacido la frase popular y muy corriente en los teatros:

¡Gran Dios! Un tiro ha sonado...

¡Si será mi padre!... ¡Pum!...

Aquí el *pum*, colocado después de la frase, indica lo que puede ocasionar el descuido de un traspunte.

En otras ocasiones, la casualidad se encarga de destruir el efecto de la verosimilitud escénica.

Si se habla en una obra de un hombre que es muy guapo y s le después á escena uno de mala facha, no hay argumento capaz de convencer al público de la hermosura de aquel. Recuerdo que oyendo una noche cantar *El Pleito*, el tenor tuvo la desgracia de no parecer un Gayarre al público; pero éste, relativamente benévolo, se limitó á guardar silencio cuando aquel terminó las ceplás á la guitarra. Pero en la escena siguiente entran la novia y la tia, y la primera dice á la segunda:

Es el cuarto de aquel joven,

Que tiene tan buena voz.

Esta frase bastó para que la tempestad contenida estallase con mayor violencia, y para que el tenor recibiese entre bastidores la grito de que se había librado en escena.

Finalmente, nada perjudica tanto á la verdad ni supone tanto convencionalismo como el eterno patrón de la comedia, con su exposición y complicación en el primer acto, la situación culminante en el desarrollo al caer el telón en el segundo, y sus explicaciones de desenlace en el tercero. La novela, sujeta á trabas análogas, ha sabido romperlas en los últimos años. Hora es ya de que el teatro siga ejemplo y emprenda nuevos caminos, si no se quiere que las comedias, hechas ya como las levitas, á la medida de los actores, resulten también cortadas por el eterno patrón consagrado por una viciosa costumbre.

M. OSSORIO Y BERNARD.



J. J. C.—Madrid.—Bueno; alguna saldrá.

L. G. R.—¡Lástima que sea tan serio!

D. V.—Coruña.—¡Lástima que ese sea tan sosol!

Pons.—Valladolid.—Esa mujer la ha calzado Vd. de Cilla, camará. Y para otra vez, haga Vd. el favor de no usar como pseudónimos los apellidos de colaboradores nuestros.

J. V. y J. F.—Barcelona.—Ya verían Vds. que su indicación fué atendida.

V. U.—Palomar del Campo.—Ni puedo contestar particularmente, porque no tengo tiempo para ello, ni recuerdo los detalles de la composición á que se refiere. ¡Como se reciben tantas!... ¿Qué hago del sello?

L. C. A.—¿Puede Vd. creer que no comprendo la idea?

Si pinta, pinta.—Pero si no pinta, no pinta. Como ahora, por ejemplo, que no pinta.

R. G. S.—Barcelona.—¿Vale la franqueza? Pues con franqueza; son seriamente inocentes, ó inocentemente serias, como Vd. quiera.

G. A. L.—Pontevedra.—Se publicará el soneto.

Un aragonés.—¡Cuernos! es atrevidita!...

M. L. N.—Madrid.—La primera (muy bien escrita, por cierto) nos ha dejado confundidos, avergonzados... y agradecidos. La otra es de asunto tan resbaladizo que francamente, no me atrevo...

T. L.—Barcelona.—Pues no lo entiendo. Porque es el caso que en el número á que Vd. se refiere, no hubo tales equivocaciones.

R. B.—Ferrol.—¡Rayos y truenos! ¡Mire Vd. que tomar á señores y cañones por consonantes!...

V. de R.—Alicante.—¿Sabe Vd. qué es lo primero que necesita una composición para ser graciosa?

Pues... tener gracia. Que es precisamente lo que le falta á la de Vd.

Señores cuyos trabajos no son publicables y á los cuales, muy á pesar nuestro, no podemos contestar particularmente: *The Funeral*, R. T. S., *El Plantillas*, J. V. S. J., *Felix de Montevrey*, R. S., *Luigi E.*, V. L. de O., *Chicharro blando*, J. V. V., M. C., *El chancas*, J. M. A., *Canela* y R. C. F. (Madrid).—*Dos sabañones* (Vigo).—*Un principiante*, *Alguien*, *Bardo Burdo* y *dos tranquils*.—J. E. C. (Bilbao).—J. Z. M. *Camisola* (Logroño).—J. B. y B., *El cabo de Finisterre*, D. E. de O., y *Berrigorrimurricharriporrigurraa* (Barcelona).

¡Y todavía, todavía quedan cartas por contestar!

Im. de Calzada é Hijo Arco del Teatro 9, pasaje. Barcelona.

UNA DOLORA DE CAMPOAMOR, POR PONS



«Martir en lo pasado, ya inclemente
aspira á ser verdugo en lo presente.»

LA SEMANA CÒMICA

VERTRALLANS, 3, 1.º

SON COLABORADORES DE ESTE PERIÓDICO LOS MAS CELEBRADOS ESCRITORES Y LOS MAS RENOMBRADOS DIBUJANTES

Precios de suscripción

Barcelona.	1 '50 ptas. trimestre.
Provincias	2 '50 " "

EXPENDEDOR EN BARCELONA:

D. JUAN TASSO

Kiosco de la Rambla de las Flores, frente á la calle del Hospital

EXPENDEDOR EN MADRID:

D. JULIAN RODRIGUEZ

Kiosco de la Universidad. Plaza de Santo Domingo